

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

28 de marzo de 2021

- **Is 50, 4-7.** *No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado.*
- **Sal 21. R.** *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*
- **Flp 2, 6-11.** *Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo.*
- **Mc 14,1 - 15,47.** *Pasión de nuestro Señor Jesucristo.*

C. Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, se reunieron, y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Él respondió:

+ «Tú lo dices.»

C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo:

S. «¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti.»

C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado. Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre. Pilato les contestó:

S. «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?»

C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

S. «¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?»

C. Ellos gritaron de nuevo:

S. «¡Crucifícalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «Pues ¿qué mal ha hecho?»

C. Ellos gritaron más fuerte:

S. «¡Crucifícalo!»

C. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio –al pretorio– y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!»

C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos.» Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: «Lo consideraron como un malhechor.» Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

S. «¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.»

C. Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo:

S. «A otros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.»

C. También los que estaban crucificados con él lo insultaban. Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente:

+ «Eloí, Eloí, lamá sabaktaní.»

C. Que significa:

+ «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

S. «Mira, está llamando a Elías.»

C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo:

S. «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.»

C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

S. «Realmente este hombre era Hijo de Dios.»

(Versión breve: Marcos 15,1-39)

1. Desde la Palabra de Dios

Es significativo cómo en la celebración del Domingo de Ramos quedan después de los siglos los restos de las dos tradiciones que han conformado la liturgia de Semana Santa tal como la conocemos hoy. Mientras que en la tradición Jerosolimitana, que recoge el modo de celebrar de la Iglesia Madre de Jerusalén, las celebraciones se

desplegaban a lo largo de los días de la semana, siguiendo lo acontecido según la cronología evangélica —domingo de ramos, con la entrada de Jesús en Jerusalén, jueves santo con la última cena, viernes santo con la pasión y muerte y vigilia pascual de la resurrección del Señor—, la tradición romana, que está a la base del rito latino, celebra un domingo la pasión y muerte de Jesús y el siguiente su santa resurrección el primer día de la semana. Así, la liturgia que hoy celebramos el domingo de ramos recoge de la tradición de Jerusalén los ritos iniciales con la bendición de ramos y el recuerdo de la entrada de Jesús en la Ciudad Santa y, en la liturgia de la Palabra, se remite a la tradición de Roma, donde se proclamaba la Pasión del Señor. De ahí lo abrupto que se nos hace pasar del “bendito el que viene en nombre del Señor” al “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”.

“Faltaban dos días para la celebración de la Pascua”. El pueblo judío se preparaba para celebrar el recuerdo del paso de Dios por su vida liberándoles de la esclavitud de Egipto. Durante esos días los sumos sacerdotes y los maestros de la ley andan buscando la forma de poder acusar a Jesús, aunque sea utilizando el artificio del engaño. Su objetivo último era “quitarlo de en medio” (Mc 14,1). Se nos está anunciando la salvación de Dios por medio de Cristo, Yahvé sigue actuando en la historia de la humanidad con su misericordia para salvarnos a todos.

Mientras Jesús es ungido en Betania, Judas Iscariote, por su parte, va a prepararlo todo para entregarle a los sumos sacerdotes.

Y el primer día de los ácidos, cuando el cordero pascual era inmolado (14,12) van a preparar la Cena Pascual. Estando a la mesa con ellos,

descubre a sus discípulos, cómo uno de ellos le va a entregar. La reacción no se hace esperar, se entristecen: “¿seré yo, Maestro?” Jesús no acusa directamente al traidor. Todo lo que va a suceder es el cumplimiento de las antiguas profecías.

En el transcurso de aquella cena, Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte, y se lo da a sus discípulos: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Y a continuación, tomó el cáliz, dio gracias, se lo pasó a ellos y bebieron todos. Nos está regalando la eucaristía. El regalo más importante y costoso de toda la historia. El memorial de su pasión, muerte y resurrección.

Para prepararse para afrontar lo que se le viene encima, va al Huerto de los Olivos, los discípulos no son capaces de acompañarle en la oración. Y, más tarde, huyen despavoridos, muertos de miedo, ante el prendimiento del Maestro. No sin engaño. Engaño del beso de Judas, engaño de la sentencia, engaño de las circunstancias y de los hechos.

El poder religioso está dispuesto por todos los medios a acabar con Jesús: ¡Dios es juzgado por hereje! Pero Jesús vive estos acontecimientos sabiendo que así se cumple la voluntad del Padre: así el mundo está siendo salvado.

Todo el proceso a Jesús está basado en el engaño. Los testigos comenten perjurio, sus testimonios no coinciden, las pruebas no son concluyentes... Y Jesús guarda silencio, solo responde para decir: “yo soy”, el nombre que Yahveh reveló a Moisés. Ha blasfemado, ha atentado contra el segundo mandamiento de la Ley de Dios. Ha tomado el nombre de Dios en vano. No hacen falta más pruebas...

Mientras tanto, Pedro se encuentra en el patio de la casa del sumo sacerdote. Es reconocido por una

de las criadas, y quieren relacionarlo con el acusado; niega tener ningún tipo de relación con él; tiene miedo. No le conoce, nunca le ha visto, en ningún momento ha tenido nada que ver con él. Al caer en la cuenta de su forma de actuar, llora amargamente.

Los miembros del Sanedrín, consejo de ancianos judío, como no podían aplicar la pena de muerte, lo remiten a Pilatos. Este sí que puede condenarlo a muerte de cruz. Pero, nuevamente es necesario el engaño: ya no le acusan de blasfemia —eso no era delito en el Derecho Romano—, sino de ser enemigo del Cesar: se ha autoproclamado rey de los judíos. Las mismas autoridades judías se agachan ante el poder del Imperio Romano; son capaces de renunciar a sus raíces, a su conciencia de Pueblo Elegido, a la Alianza establecida con Yahveh, con tal de ver muerto a Jesús de Nazaret.

Pilatos dicta sentencia, asumiendo el engaño y temeroso de que los judíos le denuncien ante el César por dejar que una persona se proclame rey de Israel. Jesús es encontrado culpable de rebeldía contra el máximo dignatario del Imperio. Este delito es castigado con la muerte: Jesús, Nazareno, rey de los judíos.

Jesús dando tumbos, cayéndose, débil, sin fuerzas es llevado al Gólgota donde será crucificado. Lo insultan, se mofan, se ríen de él, de su sufrimiento... Jesús lo sume todo con una valentía llevada hasta el extremo. Jesús tenía clara su misión: cumplir la voluntad del Padre y librar a la humanidad de todos sus pecados. Así el bien vencerá sobre el mal. Vencerá incluso a la muerte.

Ante todos aquellos acontecimientos, ante aquella horrible injusticia, ante aquella horrorosa visión, un pagano, un centurión romano afirma: “verdaderamente era Hijo de Dios” (15,39).

Ahora solo queda el silencio y la espera. No todo ha concluido. Al tercer día, el Padre, por la fuerza del Espíritu Santo, resucitará a Jesús. Aquel que es la Vida, volverá a la vida y reinará entre nosotros para siempre y su Reino no tendrá fin.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Jesús entra en Jerusalén. La liturgia nos invitó a hacernos partícipes y tomar parte de la alegría y fiesta del pueblo que es capaz de gritar y alabar a su Señor; alegría que se empaña y deja un sabor amargo y doloroso al terminar de escuchar el relato de la Pasión. Pareciera que en esta celebración se entrecruzan historias de alegría y sufrimiento, de errores y aciertos que forman parte de nuestro vivir cotidiano como discípulos, ya que logra desnudar los sentimientos contradictorios que también hoy, hombres y mujeres de este tiempo, solemos tener: capaces de amar mucho... y también de odiar —y mucho—; capaces de entregas valerosas y también de saber «lavarnos las manos» en el momento oportuno; capaces de fidelidades pero también de grandes abandonos y traiciones.

Y se ve claro en todo el relato evangélico que la alegría que Jesús despierta es motivo de enojo e irritación en manos de algunos.

Jesús entra en la ciudad rodeado de su pueblo, rodeado por cantos y gritos de algarabía. Podemos imaginar que es la voz del hijo perdonado, la del leproso sanado o el balar de la oveja perdida, que resuenan a la vez con fuerza en ese ingreso. Es el canto del publicano y del impuro; es el grito del que vivía en los márgenes de la ciudad. Es el grito de hombres y mujeres que lo han seguido porque experimentaron su compasión ante su dolor y su miseria... Es el canto y la alegría espontánea de

tantos postergados que tocados por Jesús pueden gritar: «Bendito el que llega en nombre del Señor». ¿Cómo no alabar a Aquel que les había devuelto la dignidad y la esperanza? Es la alegría de tantos pecadores perdonados que volvieron a confiar y a esperar. Y estos gritan. Se alegran. Es la alegría.

Esta alegría y alabanza resulta incómoda y se transforma en sinrazón escandalosa para aquellos que se consideran a sí mismos justos y «fieles» a la ley y a los preceptos rituales. Alegría insoportable para quienes han bloqueado la sensibilidad ante el dolor, el sufrimiento y la miseria. Muchos de estos piensan: «¡Mira que pueblo más maleducado!». Alegría intolerable para quienes perdieron la memoria y se olvidaron de tantas oportunidades recibidas. ¡Qué difícil es comprender la alegría y la fiesta de la misericordia de Dios para quien quiere justificarse a sí mismo y acomodarse! ¡Qué difícil es poder compartir esta alegría para quienes solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros!

Y así nace el grito del que no le tiembla la voz para gritar: «¡Crucifícalo!». No es un grito espontáneo, sino el grito armado, producido, que se forma con el desprestigio, la calumnia, cuando se levanta falso testimonio. Es el grito que nace cuando se pasa del hecho a lo que se cuenta, nace de lo que se cuenta. Es la voz de quien manipula la realidad y crea un relato a su conveniencia y no tiene problema en «manchar» a otros para salirse con la suya. Esto es un falso relato. El grito del que no tiene problema en buscar los medios para hacerse más fuerte y silenciar las voces disonantes. Es el grito que nace de «trucar» la realidad y pintarla de manera tal que termina desfigurando el rostro de Jesús y lo convierte en un «malhechor». Es la voz del que quiere defender la propia posición

desacreditando especialmente a quien no puede defenderse. Es el grito fabricado por la «tramoya» de la autosuficiencia, el orgullo y la soberbia que afirma sin problemas: «Crucifícalo, crucifícalo».

Y así se termina silenciando la fiesta del pueblo, derribando la esperanza, matando los sueños, suprimiendo la alegría; así se termina blindando el corazón, enfriando la caridad. Es el grito del «sálvate a ti mismo» que quiere adormecer la solidaridad, apagar los ideales, insensibilizar la mirada... el grito que quiere borrar la compasión, ese «padecer con», la compasión, que es la debilidad de Dios.

Frente a todos estos titulares, el mejor antídoto es mirar la cruz de Cristo y dejarnos interpelar por su último grito. Cristo murió gritando su amor por cada uno de nosotros; por jóvenes y mayores, santos y pecadores, amor a los de su tiempo y a los de nuestro tiempo. En su cruz hemos sido salvados para que nadie apague la alegría del evangelio; para que nadie, en la situación que se encuentre, quede lejos de la mirada misericordiosa del Padre. Mirar la cruz es dejarse interpelar en nuestras prioridades, opciones y acciones. Es dejar cuestionar nuestra sensibilidad ante el que está pasando o viviendo un momento de dificultad. Hermanos y hermanas: ¿Qué mira nuestro corazón? ¿Jesucristo sigue siendo motivo de alegría y alabanza en nuestro corazón o nos avergüenzan sus prioridades hacia los pecadores, los últimos, los olvidados?

Y a ustedes, queridos jóvenes, la alegría que Jesús despierta en ustedes es para algunos motivo de enojo y también de irritación, ya que un joven alegre es difícil de manipular. ¡Un joven alegre es difícil de manipular!

Pero existe en este día la posibilidad de un tercer grito: «Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos» y él responde: «Yo les digo que, si éstos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,39-40).

Hacer callar a los jóvenes es una tentación que siempre ha existido. Los mismos fariseos increpan a Jesús y le piden que los calme y silencie.

Hay muchas formas de silenciar y de volver invisibles a los jóvenes. Muchas formas de anestesiarlos y adormecerlos para que no hagan «ruido», para que no se pregunten y cuestionen. «¡Estad callados!». Hay muchas formas de tranquilizarlos para que no se involucren y sus sueños pierdan vuelo y se vuelvan ensoñaciones rastreras, pequeñas, tristes.

En este Domingo de ramos, festejando la Jornada Mundial de la Juventud, nos hace bien escuchar la respuesta de Jesús a los fariseos de ayer y de todos los tiempos, también a los de hoy: «Si ellos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40).

Queridos jóvenes: Está en ustedes la decisión de gritar, está en ustedes decidirse por el Hosanna del domingo para no caer en el «crucifícalo» del viernes... Y está en ustedes no quedarse callados. Si los demás callan, si nosotros los mayores y responsables —tantas veces corruptos— callamos, si el mundo calla y pierde alegría, les pregunto: ¿Ustedes gritarán?

Por favor, decídanse antes de que griten las piedras.

Papa Francisco. Ángelus 18/03/2018

3. Desde el fondo del alma

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera;

No me tienes que dar porque te quiera;
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Atribuido a San Francisco Javier